

Bestseller en Alemania

Estamos PERDIENDO A NUESTROS HIJ@S

Violencia, maltrato, racismo:
el inquietante día a día del chat de clase

SILKE MÜLLER



Prefacio

¿Recuerdas tu primer móvil? ¿Recuerdas la época en la que te tirabas minutos enteros para escribir un mensaje porque escribías con nueve teclas en una pantalla diminuta y que encima te costaba 25 céntimos?

Hace poco tuve en mis manos uno de estos modelos por casualidad y de repente me volvieron esos recuerdos, al igual que a mis amigos y compañeros, a quienes se les dibujó una pequeña sonrisa en la cara al recordarlo. Asociamos muchas cosas a estos dispositivos: juventud, avances tecnológicos, estar a la moda y una comunicación mucho más sencilla.

No pude resistirme y me llevé ese móvil al colegio un lunes por la mañana. Durante la hora del patio, me encontré con tres alumnas de segundo de secundaria en el pasillo y les pregunté si querían ver mi móvil nuevo. Sin esperar a que me respondieran, les acerqué la maravilla de mi juventud. A las chicas, de unos 13 años, les hizo mucha gracia y se echaron a reír, después intentaron hacerme un poco la pelota diciendo: «Qué chulo, señora Müller» con un toque de humor. A continuación, las tres preguntaron al unísono cómo se enviaban fotos y GIF con eso. Cuando les respondí que no se podía, su respuesta fue un compasivo: «Pues vaya».

Naturalmente, ni las niñas ni yo nos tomamos la conversación muy en serio. Pero cuando les conté a mis alumnos que no tuve móvil hasta los 17 años y que mi hermano fue uno de los primeros niños de mi calle en tener un ordenador con internet cuando empezó en la universidad, se acabaron la incredulidad y la compasión. Los niños de hoy en día no conocen el chirrido y el escándalo del módem, que nos recuerdan a tiempos pasados y nos transportan al instante 20 años atrás. Para ellos, un mundo sin acceso permanente a internet es sencillamente inimaginable.

Así pues, no es de extrañar que, cuando en el acto de bienvenida de nuestra escuela pregunté quién tenía móvil en la clase de 5.º de

primaria, viera casi todas las manos levantadas. A continuación, pregunté a los niños, de 10 u 11 años, quién les tenía que dar el teléfono a sus padres a la hora de dormir. Cada año que pasa estoy más horrorizada, cada vez se levantan menos manos.

Además, queridos lectores, también tenemos que hablar de cómo entran nuestros hijos en mundos oscuros y peligrosos desde móviles, tabletas y demás. Debemos observar juntos. Debemos reconocer que perderemos a nuestros hijos si cometemos la imprudencia de dejar que accedan a estos mundos solos y sin protección. No se trata de demonizar internet y las redes sociales, como WhatsApp, Instagram y compañía. No pretendo prohibir a niños y adolescentes el uso de plataformas como TikTok, YouTube o similares, sino todo lo contrario: como la primera embajadora digital de Baja Sajonia (Alemania) y como directora de una escuela conocida en todo el estado federado por sus procesos de desarrollo digital en la escuela y reconocida como modelo a seguir, apuesto a diario dentro de la familia escolar y públicamente en nuestra sociedad por un desarrollo rápido y próspero de la digitalización en todos los ámbitos. Al mismo tiempo, lucho por la decencia, la ética y la solidaridad, que parecen haberse perdido en algún momento en estos procesos de desarrollo. Quizá tomamos el camino equivocado en algún momento. Es hora de que retomemos el buen camino. Por nuestros hijos, por su futuro, por nuestro futuro.

Este libro pretende ayudarnos a encontrar una forma reflexiva, más sana, y, sobre todo, más segura, para que nuestros hijos se muevan en los medios digitales; a través de una mirada imparcial a un mundo que podría surgir en muchos lugares de la red, entre otras cosas, por la falta de competencia mediática de muchos de nosotros. Nos enfrentaremos al día a día que no queremos ver y aportaremos ideas para acompañar mejor a los niños para que puedan hacer de este mundo de la red un lugar mejor en el futuro.



1. ¿Por qué este libro?

UN ESCRITO DEDICADO A AQUELLOS A QUIENES LES IMPORTAN LOS NIÑOS Y LOS ADOLESCENTES

«Ya no aguanto más, señora Müller. Todos los días me escriben cosas como “Zorra barata, ojalá te hubieras muerto antes de nacer” y mi vídeo está por todas partes. Nadie me ayuda. Quiero cambiar de colegio. Ojalá estuviera muerta». (Isabell, 14 años)¹

Jamás olvidaré aquella frase...

¿Te preguntas qué historia habrá detrás de todo esto? ¿Qué ha pasado? Isabell retrata el día a día de muchos niños y adolescentes, cuyo mundo dista mucho del de nuestra infancia y adolescencia y nos preocupa mucho.

Estamos perdiendo a nuestr@s hij@s, ¿un título que asusta? ¿Un título para crear conciencia? Así es como reaccionarán los críticos en cuyas manos caiga este libro. Críticos que me acusan de bailarles el agua a los que ponen en tela de juicio los procesos de digitalización tanto en las escuelas como en la sociedad en general. Este libro no trata ni de avivar el miedo ni de criticar los procesos de digitalización. Más bien, mis observaciones deben entenderse como una ayuda, una aclaración y, sobre todo, como una llamada de atención para proteger a nuestros hijos mejor de lo que lo hemos hecho hasta ahora de los ataques en internet y las redes sociales en un mundo cada vez más digitalizado.

¡Queridos padres, maestros, políticos y personas a las que les interesa el bienestar de los niños! Defiendo el trabajo digital en las escuelas para darles a los niños las habilidades clave para un mundo digital. Considero que la educación digital, un neologismo horrible y que, a mi pesar, utilizo de vez en cuando, no existe. Existe la educación con vistas a un mundo cada vez más digitalizado. Es importante establecer el enfoque adecuado y considerar qué cualificaciones clave son necesarias para sobrevivir en este mundo. Respeto, tolerancia, comprensión, comunidad, valor. Nunca han sido tan importantes como hoy. Pero nunca hemos dejado a nuestros hijos tan solos, porque nos quedamos de brazos cruzados mientras veíamos cómo en internet se desarrollaba un mundo que, en algunos casos, no puede ser peor en cuanto a deshumanización, odio, intolerancia y crueldad. Nuestros hijos no son los culpables del rumbo tomado, lo somos nosotros, que hemos fracasado a la hora de establecer valores y normas éticas en la red.

Por tanto, no se trata de concienciar a través del miedo. Se trata de abrir los ojos de una vez.

Todos los días voy al lugar más bonito del mundo. Me encanta mi profesión. Trabajo con las personas más importantes del mundo. Trabajo en un instituto.

Como directora de un instituto de secundaria de Baja Sajonia, tengo la gran suerte de poder ver crecer cada día a unos 850 niños y adolescentes y de acompañarlos en su proceso. Aunque en la actualidad el sistema escolar está sometido a muchas dificultades y complicaciones, y aunque la docencia parezca cada vez menos atractiva, sigo viendo la escuela como el lugar donde juntos marcamos los hitos del futuro. Es el lugar donde preparamos a todos los maravillosos y singulares niños y niñas para los retos del futuro y les damos las habilidades y las herramientas para que puedan asumir con confianza la responsabilidad de dar forma a nuestra sociedad. Esto no significa que todos tengan que asumir un cargo político o dirigir una gran empresa, sino que prepararse para la vida también consiste en ser capaz de contribuir a dar forma a la sociedad a pequeña escala, ya sea en el círculo de amigos, en la familia, en un club deportivo, en una empresa propia o en el lugar de trabajo.

La verdadera misión educativa de las escuelas siempre ha estado relacionada con el entorno de los niños. Aquí es donde recogemos a los niños, donde queremos animarlos y mostrarles cómo emprender un camino de éxito. Pero esto no solo lo hacemos los profesores y el equipo directivo, sino también los padres, los educadores, los entrenadores, los abuelos. Todos los que tienen contacto con los niños deberían fijarse como objetivo primordial darles alas para el futuro mediante el ejemplo, la escucha comprensiva, la promesa de valor y el despertar de la curiosidad.

Sin embargo, cada día me pregunto más si como sociedad estamos fallando en este aspecto. ¿Seguimos encontrándonos en el mismo mundo que los niños? ¿Los comprendemos, comprendemos su mundo o, mejor dicho, queremos comprenderlos?

Tal vez estemos de acuerdo en que nuestra sociedad se ha vuelto más egoísta y de piel más fina y ya no es tan resiliente como hace muchos años. Como mínimo, está muy claro que la pandemia, la guerra contra Ucrania, la crisis climática y todas las consecuencias derivadas de estas crisis están dejando una huella profunda en nosotros.

En mi opinión, con todo este egocentrismo también perdemos de vista lo más importante que tenemos: *¡nuestros hijos!* Nos quejamos de los «jóvenes malcriados», que solo hacen el vago, no hacen nada productivo, hacen el tonto con el móvil y parece que no tienen interés por nada. Pero quizá deberíamos preguntarnos *quién* los malcria. ¿*Quién* les compra desde pequeños su primer móvil, el último PC de juegos o la última videoconsola? ¿*Quién* les deja estar encerrados en la habitación durante horas y horas porque no pueden con las interminables discusiones sobre las actividades de ocio apropiadas porque, al fin y al cabo, ya tiene suficiente estrés todos los días? ¿Y *quién* no ha sabido incentivar a los niños para que tengan ese tipo de tiempo libre? La respuesta a estas preguntas es obvia, aunque no resulte agradable: ¡somos nosotros, los adultos!

La tarea más importante de los adultos es acompañar a sus hijos, pero también a los niños en general, a medida que crecen y protegerlos del peligro. Y aquí es justo donde creo que fallamos. La respuesta a estas preguntas debería ser obvia, aunque resulte desagradable: ¡somos nosotros, los adultos!

La tarea más importante de los adultos es acompañar a sus hijos a medida que crecen y protegerlos del peligro, pero también a los niños en general. Y aquí es justo donde creo que fallamos. Mientras que algunos padres giran en torno a sus hijos como helicópteros, llevándolos a clase para que no les pase nada por el camino, buscando culpables cuando un día no va bien, llamando al colegio cuando tienen problemas en casa, no para buscar soluciones juntos, sino para que no se les pueda hacer ningún reproche, con aplicaciones de localización en el móvil y las últimas marcas en el armario de sus hijos, nos olvidamos de acompañar y proteger de verdad a los niños en su mundo real, que se define en gran medida por *likes*, *swipes* (antes decíamos «deslizar»), mensajes, selfis y cosas por el estilo. Los empujamos como aquel que dice a una autopista atestada de tráfico en una bicicleta infantil y creemos que el casco de homologado que costó un dineral les protegerá de los accidentes. Sin embargo, la autopista por la que nuestros niños y adolescentes viajan cada día es más peligrosa y destructiva de lo que nos imaginamos. El comportamiento de la gente en la red y en las redes sociales, esas autopistas de datos, es un atentado contra nuestros hijos con graves consecuencias. Y todos seguimos sin querer verlo y pensamos que limitar el tiempo frente a la pantalla, configurar el control parental o prohibir el móvil son sinónimos de educación y protección mediática. Pocas veces hemos estado tan equivocados sobre la educación como cuando asumimos que estas medidas iban a ayudar.

En principio no nos interesan especialmente los contenidos de WhatsApp, Instagram, Snapchat, TikTok y demás. «Tampoco será para tanto», «Todo el mundo tiene redes sociales», «Internet no es la vida real». Vemos mensajes de odio dirigidos a otras personas que se expresan libremente, pero no hacemos nada al respecto. El hecho de que en Austria una joven doctora se quitara la vida en el verano de 2022 a causa de todo el odio al que se enfrentó por su trabajo en la crisis del coronavirus nos llega como una nota al margen. Pero ¿de verdad nos afecta un hecho tan aislado? «Internet es internet, la vida siempre será analógica, y ahí es donde debemos criar a nuestros hijos». Cuántas veces al día oigo esta y otras frases, también a puerta cerrada.

¿Por qué este libro entonces? ¿Acaso no hay ya suficiente literatura con pautas, consejos e información sobre el desarrollo de la alfabetización mediática y la educación mediática en general? ¿Acaso los educadores mediáticos y diversas iniciativas no informan ampliamente sobre el tema de la seguridad en la red en sus conferencias, blogs y páginas web? Por supuesto que sí. Con este libro, sin embargo, mi objetivo principal no consiste en dar trucos y consejos. No me interesa interpretar estadísticas ni artículos científicos. Esto es una llamada de atención. Una llamada de auxilio. Quiero que entendamos de una vez lo poco que protegemos a nuestros hijos de la violencia, la brutalidad, el terror psicológico y la deshumanización cotidianos en internet, y que así corremos el riesgo de perderlos.

Incluso en este texto dirigido a ti, que tratas con niños y adolescentes y tienes su interés en mente, te pido de corazón no solo que leas este libro, sino que saques conclusiones para el futuro y, sobre todo, que observes. Tenemos que ver lo que ven los niños.

Con este libro, quiero embarcarte en un viaje por el día a día de un instituto conocido a nivel nacional en Alemania por su trabajo en los procesos de digitalización y, en especial, por su enfoque en la construcción de una ética digital. Describiré casos cotidianos del instituto, pero también del tiempo libre en casa, que se presentan de la misma manera o similar en todos los institutos y, sobre todo, en la habitación de todos los niños. Al hacerlo, he anonimizado los casos descritos y he cambiado los nombres para proteger y salvaguardar los derechos personales de sus protagonistas.

Las imágenes que se van a formar en tu mente resultarán suficientemente aterradoras, aunque no serán nada en comparación con la realidad. Te animo a que, en paralelo a la lectura de este libro, te hagas una cuenta en redes como TikTok, Instagram y demás, para poder ver lo que muchos de nuestros hijos ven cada día mediante búsquedas específicas de tendencias y palabras clave, ya sea con amigos o en la soledad de su habitación.

Los casos de este libro no son ni excepcionales ni artificiosos, sino la vida real y cotidiana de nuestros niños y adolescentes. Demasiado a

menudo cerramos los ojos ante esta realidad y, por tanto, fracasamos estrepitosamente a la hora de acompañar, educar y, sobre todo, proteger a nuestros hijos.

Nuestros niños son la generación de la esperanza, *nuestra* esperanza y *nuestro* futuro. Juntos, debemos permitirles plantar cara a este mundo cada vez más desquiciado y, sobre todo, mostrar humanidad en el mundo analógico y digital (que en realidad ya no deberían diferenciarse, porque el mundo virtual forma parte desde hace tiempo de la comunicación y las emociones humanas cotidianas). Tenemos que ayudarles a hacerlo bien. Mejor que nosotros.